

ACTO TERCERO

Igual decoración. Los muebles, mesas, sillas y sofá han sido llevados al centro de la habitación. La puerta del vestíbulo está abierta. Se oye música de baile en el piso superior.

La señora Linde, sentada cerca de la mesa, hojea distraídamente un libro. Procura leer, pero no consigue fijar el pensamiento. A veces, echa una mirada a la puerta de entrada y escucha con atención.

SEÑORA LINDE.—(Mirando el reloj.) No viene. Es muy temprano todavía. Con tal que... (Escucha.) ¡Ah! Es él. (Sale al vestíbulo y abre suavemente la puerta: se oye subir por la escalera con precaución. En voz baja.) Entre usted. Estoy sola.

KROGSTAD.—(Desde la puerta.) Recibí su carta. ¿Qué quiere decir?

SEÑORA LINDE.—Es absolutamente necesario que le hable.

KROGSTAD.—¿De veras? ¿Y es necesario que la entrevista se celebre aquí?

SEÑORA LINDE.—No podía recibirle en mi casa. No tengo escalera de servicio. Venga usted. Aquí estaremos solos. Los Helmer están en el baile de los vecinos del segundo.

KROGSTAD.—(Entrando.) ¡Hola! ¡Hola! ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿De veras?

SEÑORA LINDE.—¿Qué tiene de particular?

KROGSTAD.—Nada.

SEÑORA LINDE.—Bueno, Krogstad, tenemos que hablar.

KROGSTAD.—¿Los dos? ¿Qué tenemos que decirnos?

SEÑORA LINDE.—Muchas cosas.

KROGSTAD.—No lo hubiera creído.

SEÑORA LINDE.—Es que usted nunca me ha comprendido.

KROGSTAD.—No era difícil de comprender: sucede todos los días:

una mujer sin corazón abandona al hombre que la quiere cuando se presenta un partido más ventajoso.

SEÑORA LINDE.—¿Cree usted que no tengo corazón? ¿Cree usted que no sufrí al romper?

KROGSTAD.—¿De veras?

SEÑORA LINDE.—¿Lo creyó usted realmente, Krogstad?

KROGSTAD.—Si no hubiera sido así, no me hubiese escrito, como lo hizo.

SEÑORA LINDE.—No podía hacer otra cosa. Queriendo romper, tenía la obligación de arrancar de su corazón todo lo que usted sentía por mí.

KROGSTAD.—(Frotándose las manos.) ¡Ah! ¡Así es! Y en el fondo, no era más que una cuestión de dinero...

SEÑORA LINDE.—No debe usted olvidar que entonces tenía madre y dos hermanos pequeños que mantener. No podíamos esperarle. Entonces usted no tenía más que esperanzas muy remotas.

KROGSTAD.—Sea; pero no tenía usted derecho a rechazarme por otro.

SEÑORA LINDE.—No lo sé. A veces lo he dudado.

KROGSTAD.—(Bajando la voz.) Cuando la perdí, me pareció que el suelo me faltaba. Míreme usted: soy

ENRIQUE IBSEN

como náufrago que se aferra a un leño.

SEÑORA LINDE.—El puerto de salvación tal vez no esté lejos.

KROGSTAD.—Estaba a la vista y vino usted a quitarme toda esperanza de llegar a él.

SEÑORA LINDE.—Fue sin saberlo yo, Krogstad. Sólo hoy supe que le iba a reemplazar el Banco.

KROGSTAD.—Le creo porque me lo dice; pero ahora que lo sabe, ¿no renunciará usted?

SEÑORA LINDE.—No; no le serviría de nada.

KROGSTAD.—¡Bah! Sin embargo, yo en su lugar lo haría.

SEÑORA LINDE.—Aprendí a obrar razonablemente. La vida y la dura necesidad me lo enseñaron.

KROGSTAD.—Y a mí la vida me enseñó a no fiarme de palabras.

SEÑORA LINDE.—Y fue una buena lección. Pero, ¿de los actos se fía usted?

KROGSTAD.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE.—Usted dijo que era náufrago aferrado a un leño.

KROGSTAD.—Tengo excelentes razones para hablar así.

SEÑORA LINDE.—También yo soy como náufrago aferrado a un leño: nadie a quien consagrarme, nadie que tenga necesidad de mí.

KROGSTAD.—Usted lo quiso.

SEÑORA LINDE.—No podía elegir.

KROGSTAD.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE.—¿Y si los dos náufragos se dieran la mano? ¿Qué piensa usted, Krogstad?

KROGSTAD.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE.—¿No es mejor reunirlos en un mismo leño?

KROGSTAD.—¡Cristina!

SEÑORA LINDE.—¿Qué razón cree usted que me conduce aquí?

KROGSTAD.—¿Ha pensado usted en mí?

SEÑORA LINDE.—Necesito trabajar para soportar la existencia. En todos los días de mi vida, en cuanto

abarca mi recuerdo, he trabajado. Es mi mayor y mi única alegría. Ahora estoy sola en el mundo. Siendo un abandono, un vacío espantoso. No pensar más que en sí mismo destruye el encanto del trabajo. Sí, Krogstad; encuéntreme por qué y para qué trabajar.

KROGSTAD.—No le creo: sólo veo en ello un orgullo de mujer que se exalta y quiere sacrificarse.

SEÑORA LINDE.—¿Me conoció usted jamás con exaltaciones?

KROGSTAD.—¿Podría usted hacer lo que dice? ¿Conoce usted todo mi pasado?

SEÑORA LINDE.—Sí.

KROGSTAD.—¿Conoce usted mi reputación, lo que dicen de mí?

SEÑORA LINDE.—Si no le entendí mal, usted dijo hace poco que yo hubiera podido salvarle.

KROGSTAD.—Estoy seguro.

SEÑORA LINDE.—¿No puede reconstruirse el pasado?

KROGSTAD.—¡Cristina! ¿Ha reflexionado usted sobre lo que dice? Sí, en sus ojos leo que sí. ¿Tendrá usted, pues, valor?

SEÑORA LINDE.—Necesito ser madre para alguien, y sus hijos necesitan una madre. Algo también nos impulsa al uno junto al otro. Tengo fe en lo que hay en el fondo de su alma, Krogstad... Con usted no tendré miedo de nada.

KROGSTAD.—(Cogiéndole las manos.) Gracias, Cristina, gracias. Ahora se trata de reivindicarme a los ojos del mundo y sabré hacerlo. ¡Ah! Pero olvidaba...

SEÑORA LINDE.—(Escuchando.) ¡Psit! ¡La tarantela! ¡Salga usted! ¡Salga usted pronto!

KROGSTAD.—¿Por qué?

SEÑORA LINDE.—¿Oye usted esa música? Cuando acabe el baile vendrán.

KROGSTAD.—Entonces me voy. Tanto más cuanto que todo esto ha sido inútil. Usted ignora mi paso contra los Helmer.

SEÑORA LINDE.—Se equivoca usted. Krogstad, lo conozco.

KROGSTAD.—¿Y tiene usted el valor de?

SEÑORA LINDE.—Sé adonde puede llevar la desesperación a un hombre como usted

KROGSTAD.—¡Oh! ¡Si pudiera hacer mi vida!

SEÑORA LINDE.—Puede usted su carta aún está en el buzón.

KROGSTAD.—¿Está usted segura?

SEÑORA LINDE.—Lo sé; pero...

KROGSTAD.—(Mirándole de frente.) ¿Esa es la explicación? Quería usted salvar a su amiga a todo trance. Más vale que lo confiese usted francamente. ¿Es verdad?

SEÑORA LINDE.—Oiga usted, Krogstad: el que se ha vendido una vez para salvar a otro, no vuelve a hacerlo.

KROGSTAD.—Voy a reclamar mi carta.

SEÑORA LINDE.—No.

KROGSTAD.—Sí: es sencillo. Espero la llegada de Helmer y le digo que quiero rehacer mi carta... que no trata más que de mi cesantía... que no le importa nada su lectura.

SEÑORA LINDE.—No, Krogstad. Usted no pedirá la carta.

KROGSTAD.—Pero, hablando francamente, ¿no me hizo usted venir para eso?

SEÑORA LINDE.—En el primer momento de alarma, sí. Pero han transcurrido veinticuatro horas y en ese tiempo he visto pasar aquí cosas increíbles. Es necesario que Helmer lo sepa todo. Ese misterio fatal debe disiparse. Tienen que explicarse: basta de tapujos y de enredos.

KROGSTAD.—Bueno, si usted carga con la responsabilidad. Pero hay algo que puedo hacer y que haré en seguida.

SEÑORA LINDE.—(Escuchando.) ¡Aprisa! ¡Váyase!... Acabó el baile: ya no estamos seguros.

KROGSTAD.—La espero abajo.

SEÑORA LINDE.—Bueno. Me acompañará usted hasta mi casa.

KROGSTAD.—Nunca he sido tan dichoso como hoy

(Vase por la puerta de entrada. La del vestíbulo queda abierta hasta el fin del acto.)

SEÑORA LINDE.—(Arregla un poco la habitación y prepara el abrigo y el sombrero.) ¡Qué porvenir! ¡Qué nueva perspectiva! Ya sé por quién trabajar, por quién vivir, ya tendré un hogar que dirigir. ¡Con qué afán trabajaré! (Escuchando.) ¡Ah! Ahí están ¡Pronto, el abrigo!

(Coge el sombrero y el abrigo. Se oye la voz de Helmer y la de Nora; una llave gira y Helmer hace entrar a Nora casi por fuerza. Está ella en traje napolitano, envuelta en una especie de mantón; él, con frac y un dominó negro encima.)

NORA.—(En la puerta, resistiendo.) No, no, no. No quiero entrar. Quiero subir otra vez, no quiero retirarme tan temprano.

HELMER.—Vaya, querida Nora. NORA.—Te lo suplico. Torvaldo, te lo suplico. Una hora nada más.

HELMER.—Ni un minuto. monísima Norita. Ya sabes lo tratado. Vaya, entra, vas a tomar frío ahí fuera. (La hace entrar, a pesar de su resistencia.)

SEÑORA LINDE.—¡Buenas noches!

NORA.—¡Cristina!

HELMER.—¿Cómo, la señora Linde? ¿Usted aquí, tan tarde?

SEÑORA LINDE.—Perdóneme usted: ¡tenía tantos deseos de ver a Nora con su lindo disfraz!

NORA.—¿Me has esperado aquí mucho tiempo?

SEÑORA LINDE.—Sí, vine desgraciadamente demasiado tarde. Tú habías subido ya y no me quise marchar sin verte.

HELMER.—(Quitando el mantón de Nora.) Pues mire usted. Me parece que vale la pena. Está hermosa, ¿no es verdad, señora Linde?

SEÑORA LINDE.—De veras.

HELMER.—Maravillosamente hermosa. ¿no es verdad? Igual opinaban todos. Pero, ¡qué testaruda es esta niña mimada! ¿Querrá usted creerme? Casi he tenido que obli-

garla por fuerza a abandonar el baile.

NORA.—¡Ah! ¡Torvaldo, te arrepentirás de no haberme concedido ni siquiera media hora más!

HELMER.—Ya lo oye usted, señora. Ha bailado la tarantela; ha tenido un éxito loco y merecido, aunque ha puesto tal vez demasiada naturalidad, quiero decir, algo más de lo que exigían las reglas estrictas del arte; pero, en fin, lo esencial es que ha tenido un éxito, un éxito colosal. ¿Debió dejarla allí después? Hubiera perdido parte del efecto. ¡Quia! Cogí el brazo de la linda muchachita de Capri (de mi muchachita caprichosa, podría decir), la hice dar la vuelta al salón, saludos a derecha y a izquierda, y, como dicen en las novelas, la sombra hermosa desapareció. Hay que poner siempre algo de efectismo en el desenlace, señora Linde, y esto es lo que no puedo hacer comprender a Nora. ¡Uf! ¡Qué calor hace aquí! (Arroja el dominó en una silla y abre la puerta de su habitación.) ¿Cómo? ¿No hay luz? ¡Ah! Es verdad. Con su permiso. (Entra y enciende las bujías.)

NORA.—(En voz muy baja, precipitadamente.) ¿Qué?

SEÑORA LINDE.—(En voz baja.) Le he hablado.

NORA.—¿Y qué?

SEÑORA LINDE.—Nora... hay que decirselo todo a tu marido.

NORA.—(Con voz agonizante.) Ya lo sabía.

SEÑORA LINDE.—No tienes nada que temer de Krogstad, pero debes hablarle.

NORA.—No le hablaré.

SEÑORA LINDE.—La carta hablará por ti.

NORA.—Gracias, Cristina. Ya sé lo que debo hacer. ¡Psit!

HELMER.—(Entrando.) ¿Y qué, señora, la ha admirado usted ya?

SEÑORA LINDE.—Sí; y ahora les deseo buenas noches.

HELMER.—¿Ya? ¿Es de usted esta labor?

SEÑORA LINDE.—(Cogiendo la labor que le alarga el señor Helmer.) Gracias. Ya me olvidaba.

HELMER.—¿Hace usted punto de aguja?

SEÑORA LINDE.—Sí.

HELMER.—Debía usted bordar.

SEÑORA LINDE.—¿De veras? ¿Por qué?

HELMER.—Es más bonito. Mire usted: así, con la mano izquierda, coge usted el bordado y maneja usted con la derecha la aguja, así. ¿Ve usted la curva que se forma, larga y ligera?... ¿Es verdad?

SEÑORA LINDE.—Es posible.

HELMER.—Mientras que hacer punto de aguja no puede ser más feo. Fíjese usted: los brazos pegados al cuerpo... las agujas yendo de arriba abajo y de abajo arriba... hay algo de chino. ¡Qué champagne tan alegre nos han servido!

SEÑORA LINDE.—Gracias, Nora, y no seas testaruda.

HELMER.—Bien dicho, señora Linde.

SEÑORA LINDE.—Buenas noches, señor director.

HELMER.—(Acompañándola hasta la puerta.) Buenas noches. Buenas noches. Supongo que sabe usted el camino. Yo quisiera... pero está tan cerca. (Cuando se ha ido cierra la puerta y vuelve.) ¡Muy bien! ¡Por fin se marchó! Es muy pesada esta mujer.

NORA.—¿Estás muy cansado, Torvaldo?

HELMER.—No, al contrario.

NORA.—¿Tienes sueño?

HELMER.—No: al revés, estoy desvelado. ¿Y tú? Parece que estás cansada y que tienes sueño.

NORA.—Sí, estoy muy cansada. Ahora estoy segura de que me dormiré en seguida.

HELMER.—Ya lo ves. Tenía razón no queriendo que permanecieras más tiempo allí.

NORA.—Siempre tienes razón en todo lo que haces.

HELMER.—(Besándola en la frente)

te.) La alondra empieza a hablar como un ser humano. Pero, oye ¿Te has fijado qué alegre estaba Rank esta noche?

NORA.—¿De veras? No tuve ocasión de hablarle.

HELMER.—También yo hablé muy poco; pero hace mucho tiempo que no le veía de tan buen humor. *(La contempla un momento y después se acerca.)* ¡Ah! ¡Qué delicioso es regresar al hogar, estar solo contigo!... hermosa y embriagadora mujer...!

NORA.—No me mires así, Torvaldo.

HELMER.—¿Cómo no voy a mirar a mi tesoro máspreciado! ¡Esta belleza que es mía, sólo mía, toda mía!

NORA.—*(Colocándose al otro lado de la mesa.)* No debes hablarme así esta noche.

HELMER.—*(Siguiéndola.)* Tienes aún la tarantela en la sangre, por lo que veo. Y así estás más seductora. ¡Oye! Los invitados se van. *(En voz más baja.)* Nora, pronto todo callará en la casa.

NORA.—Así lo espero.

HELMER.—¿No es verdad, amada Nora? Cuando estamos en una reunión como esta noche, ¿sabes por qué te hablo tan poco, por qué estoy tan alejado de ti, contentándome con mirarte de vez en cuando de reojo? ¿Sabes por qué? Porque me complace en imaginar que eres mi amor secreto, mi joven, mi misteriosa prometida, y que todos ignoran nuestro compromiso.

NORA.—Sí, sí, sí. Ya sé que todos tus pensamientos van a mí.

HELMER.—Y al marcharnos, cuando echo el abrigo en tus hombros finos y juveniles, cuando cubro tu nuca maravillosa, me figuro que eres mi joven desposada, que acabamos de llegar de la boda, que por primera vez te conduzco a mi casa y que por fin vamos a estar solos... yo solo contigo, mi belleza juvenil y temblorosa. En toda la noche no hice más que suspirar por

ti. Cuando te vi en la tarantela perseguir y provocar... sentí arder mi sangre, no podía contenerme y por eso te arrastré tan pronto.

NORA.—¡Vete, Torvaldo! Debes dejarme No quiero.

HELMER.—¿Qué dices? ¿Te burlas de mí, querida Nora? ¿Dices que no quieres? ¿No soy tu marido?

(Llaman a la puerta de entrada.)

NORA.—*(Temblando.)* ¿Has oído?

HELMER.—*(Pasando al vestíbulo.)* ¿Quién es?

EL DOCTOR RANK.—*(Desde fuera.)* Soy yo. ¿Puedo entrar un momento?

HELMER.—*(De mal humor.)* ¿Qué quiere ése ahora? *(En voz alta.)* Espera. *(Va a abrir.)* Haces bien en no pasar por delante de casa sin llamar.

RANK.—Me pareció oír tu voz y he querido entrar un momento. *(Echando una mirada en torno suyo.)* Este es el hogar tan querido, tan familiar. En él, felices, tenéis paz y bienestar.

HELMER.—Pues tú hace poco me parece que no te aburrías.

RANK.—Me divertía extraordinariamente. ¿Y por qué no? ¿Por qué no gozar de todo? Al menos, tanto y por tanto tiempo como se pueda. El vino era exquisito...

HELMER.—Sobre todo, el champagne.

RANK.—¿Lo notaste también? Es increíble lo que he bebido.

NORA.—Torvaldo también bebió mucho champagne esta noche.

RANK.—¿De veras?

NORA.—Sí, y esto le hace ser muy divertido.

RANK.—¿Y por qué no pasar una velada agradable después de un día bien empleado?

HELMER.—¿Bien empleado? Hoy, desgraciadamente, no me puedo vanagloriar de esto.

RANK.—*(Pegándole en la espalda.)* Pero yo sí me vanaglorio!

NORA.—Doctor Rank, usted debe

haber estudiado algún caso clínico hoy.

RANK.—Sí.

HELMER.—¡Hola! ¡Hola! ¡Nora la chiquitina hablando de casos clínicos!

NORA.—¿Y se le puede felicitar por el resultado?

RANK.—Seguramente, sí.

NORA.—¿Un éxito?

RANK.—El mayor para el enfermo tanto como para el médico: la seguridad.

NORA.—*(Vivamente, queriendo adivinar.)* ¿La seguridad?

RANK.—La seguridad absoluta. ¿No tenía, después, derecho a una velada alegre?

NORA.—Sin duda alguna, doctor.

HELMER.—Ésa es también mi opinión, con tal que mañana no te sienta mal.

RANK.—Todo se paga en la vida.

NORA.—Doctor... a usted le deben gustar las máscaras...

RANK.—Sí, sobre todo cuando usan trajes grotescos.

NORA.—Oiga usted. ¿Qué traje llevaremos usted y yo cuando nos encontremos la vez próxima?

HELMER.—¡Locuela! ¿Ya piensas en el próximo disfraz?

RANK.—¿Usted y yo? Voy a decirlo: usted, de mascota.

HELMER.—Muy bien, pero inventa un traje muy bonito de mascota.

RANK.—Que tu mujer se presente tal como la vemos todos los días.

HELMER.—¡Muy bien! Pero y tú ¿qué traje llevarás?

RANK.—Yo, querido amigo, ya lo he decidido.

HELMER.—¿Cuál?

RANK.—En la próxima máscara, me presentaré invisible.

HELMER.—¿Qué bromista!

RANK.—Hay un gran sombrero... ¿No oíste hablar de un sombrero que convierte en invisible? Se pone en la cabeza y nadie nos ve.

HELMER.—*(Conteniendo la risa.)* Sí, sí, tienes razón.

RANK.—Pero olvido por completo a lo que vine. Helmer, dame un

cigarro, uno de tus habanos maduros.

HELMER.—Con el mayor placer. *(Presentándole la caja.)*

RANK.—*(Cogiendo un cigarro y cortándole la punta.)* Gracias.

NORA.—*(Encendiendo un fósforo.)* Permítame que le ofrezca fuego.

RANK.—Gracias. *(Ella acerca el fósforo y él enciende el habano.)*

¡Y ahora, adiós!

HELMER.—Adiós, adiós, mi querido amigo.

NORA.—Que duerma usted bien, doctor Rank.

RANK.—Le doy las gracias por su buen deseo.

NORA.—Deséeme usted igual a mí.

RANK.—¿A usted? Bueno. Ya que usted lo desea: que duerma usted bien. Y gracias por el fuego. *(Los saluda con una inclinación de cabeza y vase.)*

HELMER.—*(En voz baja.)* Ha bebido de lo lindo.

NORA.—*(Distraída.)* Tal vez...

(Helmer saca las llaves del bolsillo y va al vestíbulo.)

NORA.—Torvaldo, ¿qué vas a hacer?

HELMER.—Quiero vaciar el buzón. Debe estar lleno. No cabrán los periódicos mañana por la mañana.

NORA.—¿Quieres trabajar esta noche?

HELMER.—Ya sabes que no. ¿Qué es esto? Han andado en la cerradura...

NORA.—¿En la cerradura?

HELMER.—No hay duda. ¿Qué significa esto? ¿No puedo creer que los criados...? Hay un trozo de horquilla. Nora, es de una horquilla tuya.

NORA.—*(Vivamente.)* Tal vez sean los niños...

HELMER.—Debías quitarles esa costumbre. ¡Vaya! ¡Bueno! Por fin se abrió. *(Saca lo que contiene el buzón y llama.)* ¡Elena! ¡Elena!

Apague la luz de la entrada. *(Entra y cierra la puerta del vestíbulo.)*

HELMER.—(Con las cartas.) Mira cuántas hay. (Examina los sobres.) ¿Qué es esto?

NORA.—(Desde la ventana.) ¡Esta carta! No, no, Torvaldo.

HELMER.—Dos tarjetas de visita... de Rank.

NORA.—¿Del doctor?

HELMER.—(Mirándolas.) Rank, doctor en medicina. Estaban sobre las cartas... las habrá echado al salir.

NORA.—¿Y hay algo escrito?

HELMER.—Una gran cruz encima del nombre. Mira. ¡Qué broma más pesada! Es como si comunicara su propia muerte.

NORA.—Eso hace realmente.

HELMER.—¿Cómo? ¿Qué sabes? ¿Te ha dicho algo?

NORA.—Sí. Las tarjetas significan que se despide de nosotros para siempre. Quiere encerrarse y morir.

HELMER.—¡Pobre amigo mío! Sabía que no le conservaría mucho tiempo. Pero no creí que fuera tan pronto. Va a ocultarse como animal herido.

NORA.—Si ha de suceder, más vale que suceda sin hablar una palabra. ¿No es verdad, Torvaldo?

HELMER.—(Paseando por la habitación.) Era casi de la familia. No puedo acostumbrarme a la idea de no verle. Con sus sufrimientos, con su misantropía, constituía un fondo de sombra en el cuadro lleno de sol de nuestra felicidad. ¿Quién sabe si será mejor, al menos para él? (Se calla.) Y tal vez para nosotros también, Nora. Ahora debemos consagrarnos exclusivamente el uno al otro. (La abraza.) ¡Ah! ¡Amada mía! ¡Mujercita mía! ¡Nunca te abracé más fuertemente! ¡Nora, a veces quisiera verte amenazada por un peligro, para exponer mi vida, dar mi sangre, arriesgarlo todo, todo para protegerte!

NORA.—(Apartándose, con voz firme y resuelta.) Ahora lee las cartas, Torvaldo.

HELMER.—No, no, esta noche

no. Quiero estar contigo, mi querida, mi querida mujercita.

NORA.—¿Con la idea de la muerte de tu amigo?

HELMER.—Tienes razón. Nos ha conmovido a los dos. Algo terrible se ha deslizado entre nosotros: la idea de la muerte y de la disolución. Debemos librarnos de ella. Y hasta entonces, estaremos cada uno en nuestra habitación.

NORA.—(Abrazándole.) ¡Buenas noches, Torvaldo, buenas noches!

HELMER.—(Besándola en la frente.) Buenas noches, pajarillo cantor. Descansa, Nora. Voy a leer las cartas.

(Pasa a su habitación, llevándose las cartas, y cierra la puerta.)

NORA.—(A tientas, en torno suyo, con la mirada extraviada, coge el dominó de Helmer y se lo echa encima, diciendo con voz rápida, entrecortada y temblorosa.) ¡No verle nunca más! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

(Se pone el abrigo en la cabeza.) Y los niños, no verles más, tampoco a ellos. ¡Oh! El agua helada... negra... Y ese abismo sin fondo... sin fondo. ¡Ah! ¡Si ya hubiera sucedido! Ahora la coge, la lee. No, no, aún no. Adiós, Torvaldo, adiós a ti y a los niños.

(Se precipita a la puerta de entrada. En el mismo momento Helmer abre violentamente la de su habitación y se presenta con una carta abierta en la mano.)

HELMER.—¡Nora!

NORA.—(Con un grito agudo.) ¡Ay!

HELMER.—¿Qué dices? ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA.—Sí, lo sé. ¡Déjame partir! ¡Déjame ir!

HELMER.—(Reteniéndola.) ¿Dónde vas?

NORA.—(Queriendo desprenderse.) No me salvarás, Torvaldo.

HELMER.—(Retrocediendo.) ¡Era verdad! ¡Decía verdad esta carta? ¡Qué horror! No, no. Es imposible.

No puede ser.

NORA.—Es la verdad. Te amé más que a nada en el mundo.

HELMER.—¡Basta de tonterías!

NORA.—(Dando un paso hacia él.) ¡Torvaldo!

HELMER.—¡Desgraciada! ¿Qué te atreviste a hacer?

NORA.—Déjame ir. No llevarás el peso de mi culpa, no responderás por mí.

HELMER.—¡Basta de comedia! (Cierra la puerta del vestíbulo.) Te quedarás y me darás cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? Di, ¿lo comprendes?

NORA.—(Le mira con ironía creciente en la expresión y dice con voz apagada:) Sí, ahora empiezo a comprender el fondo de las cosas.

HELMER.—(Paseando nerviosamente por la habitación.) ¡Qué terrible despertar!... ¡Ocho años!... ¡Ella, mi orgullo, mi alegría, una hipócrita, una embustera... peor aún, una criminal! ¡Qué horrible fealdad hay en todo eso! ¡Qué horror!

NORA.—(Callada, continúa mirándole fijamente.)

HELMER.—(Parándose delante de ella.) Debí prever que sucedería algo de esto. Debí presentirlo... Con la fragilidad de principios de tu padre... y tú heredaste esos principios. Sin religión, sin moral, sin ningún sentimiento del deber. ¡Oh! ¡Qué castigo sufro por haber querido correr un velo sobre su conducta! Por ti lo hice y he ahí mi recompensa.

NORA.—Sí, he ahí tu recompensa.

HELMER.—Ahora has destruido mi felicidad, has aniquilado mi porvenir. No puedo pensarlo sin estremecerme. Estoy en poder de un hombre sin escrúpulos; puede hacer de mí lo que quiera, pedirme lo que se le antoje, mandarme, manejarme a su capricho, sin que pueda desplegar los labios. Puedo ser reducido a la nada, hundido por la ligereza de una mujer.

NORA.—Cuando haya dejado el mundo serás libre.

HELMER.—No. Nada de frases. Tu padre también tenía gran provisión de ellas. ¿De qué me serviría a mí que tú dejaras el mundo como dices? De nada. A pesar de todo, podría él divulgar el hecho, y en este caso, me creerían cómplice de tu acción criminal. Podrían creer que fui el instigador, que fui yo el que te obligó. Y todo esto te lo debo a ti, a ti, a quien he llevado en brazos a través de nuestra vida íntima. ¿Comprendes ahora lo que has hecho?

NORA.—(Con calma y serenidad.) ¡Sí!

HELMER.—Todo esto es tan increíble, que no me sé dar cuenta. Pero es preciso reflexionar. ¡Quítate el abrigo! ¡Te digo que te lo quites! Necesito contentarle en una forma o en otra. Se trata de enterrar el asunto, cueste lo que cueste. Y en nuestro hogar no debe haber cambio sensible. No se trata, claro está, más que de las apariencias. Continuarás viviendo aquí, no hay duda. Pero no podrás educar a los niños... no me atrevo a confiártelos. ¡Ah! ¡Tener que hablar así a la que amé tanto y a la que amo ahora mismo!... Pero todo esto pasó. Es preciso olvidarlo. En adelante, ya no existe felicidad posible. Se trata únicamente de salvar los restos, los despojos, las apariencias... (Llaman a la puerta de entrada.)

HELMER.—(Estremeciéndose.) ¿Quién será? ¿Tan tarde? ¡Horror! ¿Sería acaso...? ¿Habría él...? ¡Escóndete, Nora! Di que estás enferma. (Nora no se mueve. Helmer va a abrir la puerta.)

LA CRIADA.—(Medio vestida, en el vestíbulo.) Una carta para la señora.

HELMER.—Démela usted. (Coge la carta y cierra la puerta.) Sí, es de él. No te la daré. Quiero leerla.

NORA.—Lee.

HELMER.—(Acercándose a la lámpara.) Casi no me atrevo. Tal vez nos tenga cogidos al uno y al otro.